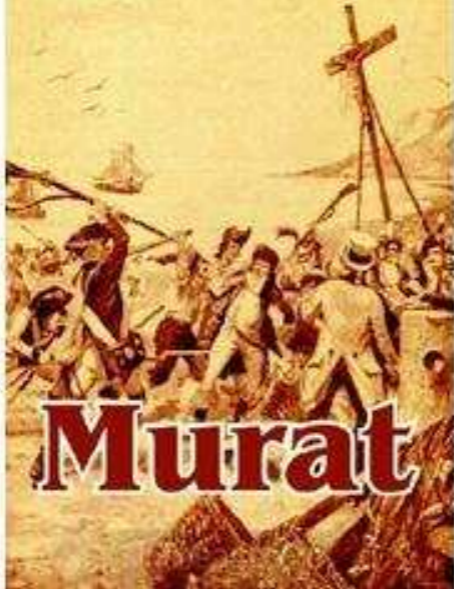


Alexandre Dumas



MURAT

El 18 de junio de 1815, en el preciso instante en que se decidía en Waterloo el destino de Europa, un hombre disfrazado de mendigo marchaba en silencio de Tolón a Marsella. Cuando llegó al desfiladero de Ollioulles, se detuvo en un pequeño altozano que le permitía divisar el amplio paisaje que se extendía a sus pies. Ya porque hubiera llegado al final de su viaje, ya porque quisiera disfrutar durante un tiempo de la magnífica vista, una postal que se prolongaba hasta el horizonte meridional antes de adentrarse por el áspero y oscuro desfiladero, aquel hombre fue a sentarse en el talud de la hondonada que bordeaba la carretera principal. Estaba de espaldas a las montañas que forman el anfiteatro que se eleva al norte de la ciudad. Desde allí, podía divisarse una rica llanura de exuberante vegetación, un lugar donde, como en un invernadero, crecen árboles y plantas desconocidos en el resto de Francia. Más allá de aquella llanura iluminada por los últimos rayos del sol, se extendía un mar tranquilo y

liso como el hielo. Por la superficie del agua, se deslizaba un solitario bricbarca de guerra que, aprovechando la brisa fresca, llevaba desplegado todo el velamen. Impulsado por éste, navegaba rápidamente hacia el mar de Italia. El mendigo lo siguió con una mirada ávida, hasta que desapareció entre la punta del cabo de Gien y la primera isla del archipiélago de las Hyéres. Después, una vez que perdió de vista la blanca aparición, lanzó un profundo suspiro, apoyó la frente entre sus manos, y se quedó inmóvil y absorto en sus pensamientos, hasta que un ruido de cascos de caballos le hizo estremecerse. Inmediatamente, levantó la cabeza, sacudió sus largos cabellos negros, como queriendo ahuyentar los amargos pensamientos que le afligían, y, fijando la mirada en la entrada del desfiladero de donde venía el ruido, vio salir a dos jinetes, a los que sin duda reconoció. Se levantó con rapidez, dejó caer el bastón que llevaba en la mano, cruzó los brazos y se giró hacia ellos. Los recién llegados se detuvieron en cuanto lo vieron. El que marchaba delante descendió del caballo, echó la brida en manos

de su camarada y, quitándose el sombrero, aunque estuviera aún a más de cincuenta pasos del hombre vestido con harapos, se dirigió a él respetuosamente. El mendigo dejó que se le acercara con un aire de dignidad sombría, sin hacer un solo movimiento, y, cuando ya lo tuvo a muy corta distancia, dijo:

—¡Y bien, señor mariscal! ¿Habéis tenido noticias?

—Sí, sire —respondió tristemente el interpelado.

—¿Cuáles son?

—Unas que hubiera preferido que se las comunicara cualquier otra persona a Su Majestad...

—¡De modo que el emperador rechaza mis servicios! ¿Se olvida de las victorias de Abukir, Eylau y Moscova?

—No, sire; pero se acuerda del tratado de Nápoles, de la toma de Reggio y de la declaración de guerra al virrey de Italia.

El mendigo se golpeó la frente.

—Sí, sí, es posible que crea que merezco esos reproches; pero, en todo caso, me parece que tendría que recordar que en mí había

dos hombres: el soldado que convirtió en su hermano y el hermano que convirtió en rey... Es verdad que, como hermano, he cometido faltas contra él, y muy graves; pero como rey, juro que no podía actuar de otra manera... Tenía que escoger entre el sable y la corona, entre un regimiento y el pueblo... Mirad, Brune, vos no sabéis qué fue lo que ocurrió. Había una flota inglesa cuya artillería disparaba contra el puerto y una población napolitana que gritaba en las calles. Si hubiera estado solo, habría pasado con un barco por en medio de la flota, con mi sable a través de la multitud; pero tenía una mujer e hijos. Y, sin embargo, vacilé. La idea de que se uniera a mi apellido el epíteto de traidor y de tráfuga me hizo verter más lágrimas que lo que me hubiera costado nunca perder el trono o, quizá, más que la muerte de mis seres más queridos... En fin, no quiere saber nada de mí, ¿no es así?... ¿Me rechaza como general, como capitán y como soldado? Así pues, ¿qué es lo que me queda por hacer?

—Sire, es preciso que Su Majestad salga en seguida de Francia.

—¿Y si no obedeciera?

—En ese caso, mis órdenes son deteneros y entregaros a un consejo de guerra...

—Algo que tú no harías, ¿verdad, mi viejo camarada?

—Es lo que haría, rogando a Dios que me hiciera morir súbitamente, en el momento en que pusiera una mano sobre vos.

—Éste es el Brune que yo conozco. ¡Vos habéis podido manteneros bravo y leal! No os ha dado un reino. No ha ceñido vuestra frente con ese círculo de fuego que llaman corona y vuelve loco a cualquiera. Y no os ha colocado entre vuestra conciencia y vuestra familia. De modo que tengo que salir de Francia y empezar de nuevo una vida errante. Y tengo que decir adiós a Tolón, que me trae tantos recuerdos. Mirad, Brune —continuó Murat, apoyándose en el brazo del mariscal—, ¿no hay aquí pinos tan hermosos como los de la villa Pamphile, palmeras parecidas a las de El Cairo y montañas como una cadena del Tirol? Observad a la izquierda el cabo de Gien. Si descartamos el Vesubio, ¿no es algo así como Castellamare y Sorrento? Y Saint-Mandrier,

que cierra el golfo allá a lo lejos, ¿no se parece a mi Capri, roca que Lamargue tan bien supo escamotear al imbécil de Hudson Lowe? ¡Ah, Dios mío! ¡Y pensar que tengo que dejar todo esto! Decidme, Brune, ¿no hay modo alguno de que pueda quedarme en este pedazo de tierra francesa?

—Sire, ¡me hacéis sufrir mucho! —respondió el mariscal.

—Es verdad. No hablemos más de eso. ¿Qué noticias hay?

—El emperador ha salido de París para unirse al ejército. Ahora mismo, deben de estar combatiendo...

—¡Tienen que combatir ahora, ahora que no estoy allí! ¡Oh! ¡Creo, sin embargo, que hubiera podido ser muy útil en un día de batalla! ¡Cuánto me habría gustado cargar contra los miserables prusianos y los infames ingleses! Brune, dadme un pasaporte. Partiré a galope tendido, llegaré donde esté el ejército, me daré a conocer a cualquier coronel y le diré: «Dadme vuestro regimiento. Cargaré con él. Si, por la noche, el emperador no me ha tendido la mano, ¡os doy mi palabra de

honor de que me pegaré un tiro en la cabeza!». Haced lo que os pido, Brune, y os lo agradeceré eternamente, terminen como terminen las cosas.

—No puedo, sire...

—Está bien, no hablemos más.

—¿Va a abandonar Francia Su Majestad?

—No lo sé. En todo caso, ateneos a las órdenes, mariscal, y si volvéis a encontrarme, ordenad mi detención. ¡Ésa es también una manera de hacer algo por mí! Mi vida se ha convertido en un pesado fardo. Estaré agradecido a quien me libre de ella... Adiós, Brune.

Y le tendió la mano al mariscal. Éste quiso besársela, pero Murat abrió los brazos y los dos viejos camaradas se abrazaron un instante, con el pecho repleto de suspiros y los ojos llenos de lágrimas. Al fin, se separaron. Brune montó a caballo de nuevo y Murat recogió su bastón. Los dos hombres se alejaron por su lado: uno para morir asesinado en Aviñón y el otro para ser fusilado en Pizzo.

En ese momento, al igual que Ricardo III, Napoleón cambiaba en Waterloo su corona por un caballo.

Tras la entrevista que acabamos de relatar, el ex rey de Nápoles se retiró a casa de su sobrino, que se llamaba Bonafoux y era capitán de fragata. Aquel retiro sólo fue provisional, ya que el parentesco entre ambos podría despertar las sospechas de la autoridad. Por consiguiente, Bonafoux procuró encontrarle un asilo más discreto a su tío. Para ello, escogió a un abogado amigo suyo, cuya inflexible probidad conocía, y aquella misma noche se presentó en su casa. Después de hablar de cosas intrascendentes, le preguntó si no tenía una casa de campo cerca del mar y, ante su respuesta afirmativa, le propuso comer juntos al día siguiente. Como cabría pensar, la propuesta fue aceptada sin vacilación.

Bonafoux llegó a la hora convenida a Bonnette, que así se llamaba la casa de campo donde vivían la mujer y la hija del señor Marouin. Éste, por su parte, ejercía la abogacía en Tolón, lo que le obligaba a vivir en dicha

ciudad. Después de las primeras frases de cumplido, Bonafoux se acercó a la ventana indicándole a Marouin que le siguiera:

— Creía que vuestra casa de campo estaba situada más cerca del mar.

— Estamos apenas a diez minutos de camino.

— Pero no se ve.

— Lo que impide ver el mar es esta colina.

— ¿Queréis que demos un paseo por la costa, mientras llega la hora de comer?

— De acuerdo. Vuestro caballo todavía está ensillado. Voy a aparejar el mío y vuelvo a buscaros.

Marouin salió. Bonafoux permaneció delante de la ventana, absorto en sus pensamientos. Por lo demás, las dueñas de la casa estaban distraídas con los preparativos de la comida y no se percataron, o no quisieron percatarse, de su preocupación. Marouin volvió al cabo de cinco minutos. Todo estaba listo. El abogado y su huésped montaron a caballo y se dirigieron rápidamente hacia el mar. Cuando llegaron a la playa, el capitán aminoró el paso de su montura y, mientras

bordeaba la orilla durante cerca de media hora, pareció concentrar toda la atención en la situación de la costa. Marouin le seguía sin hacerle ninguna pregunta sobre dicho examen, algo que resultaba lógico en un oficial de marina. Por último, tras una hora de marcha, los dos jinetes regresaron a la casa de campo. Marouin quiso desensillar los caballos, pero Bonafoux se opuso, diciendo que estaba obligado a volver a Tolón inmediatamente después de comer. En efecto, en cuanto tomaron el café, el capitán se levantó y se despidió de sus anfitriones. Marouin, que debía resolver varios asuntos en la ciudad, montó también a caballo. Los dos amigos cogieron juntos el camino de Tolón.

Al cabo de diez minutos de marcha, Bonafoux se aproximó a su compañero de viaje y, apoyando la mano sobre su muslo, le dijo:

—Marouin, tengo algo grave que deciros, un secreto importante que confiaros.

—Decid, capitán. Ya sabéis que después de los confesores, no hay nadie más discreto que los notarios y que, después éstos, seguimos los abogados.

—Sabréis que no he venido a vuestra casa de campo sólo por gusto de dar un paseo. Me preocupa una cuestión más importante, una responsabilidad más seria. Os he elegido a vos de entre todos mis amigos pensando que me apreciáis lo bastante como para hacerme un gran favor.

—Habéis hecho bien, capitán.

—Vayamos directa y rápidamente al grano, como ha de hacerse entre hombres que se aprecian y que se tienen mutua confianza. Mi tío, el rey Joaquín, está proscrito. Se ha escondido en mi casa, pero no puede quedarse allí, porque es la primera que registrarán. Vuestra casa de campo está aislada y, por consiguiente, es la más indicada para que le sirva de retiro. Es preciso que la pongáis a nuestra disposición, hasta el momento en que los acontecimientos le permitan al rey tomar cualquier determinación.

—Podéis contar con ello —dijo Marouin.

—Está bien. Mi tío irá a dormir allí esta noche.

—Pero, dadme tiempo al menos para hacerla digna del huésped real que voy a tener el honor de acoger.

—Mi buen Marouin, eso sería un trabajo inútil y nos impondrías un retraso funesto. El rey Joaquín ha perdido la costumbre de los palacios y de los cortesanos. Hoy se llena de alegría cuando encuentra una cabaña y un amigo. Además, como estaba seguro de antemano de vuestra respuesta, ya se lo he dicho. Ya cuenta con dormir en vuestra casa esta noche. Si ahora pretendiera cambiar su determinación en cualquier aspecto, tomaría como una negativa lo que no sería más que un aplazamiento y vos perderíais todo el mérito de vuestra hermosa y buena acción. Así que, asunto concluido. Esta noche, a las diez, en el Champ-de-Mars.

Dicho esto, el capitán lanzó su caballo al galope y desapareció. Marouin volvió la brida al suyo y regresó a su casa de campo, para dar las órdenes necesarias y recibir a un extraño cuyo nombre no dijo.

A las diez de la noche, tal como habían convenido, Marouin estaba en el Champ-de-

Mars, ocupado, a la sazón, por la artillería de campaña del mariscal Brune. Todavía no había llegado nadie. Se paseaba por entre los furgones cuando el centinela de turno se le acercó y le preguntó que qué hacía. La respuesta era bastante difícil. No se acostumbra a pasear por gusto, a las diez de la noche, por el recinto de un parque de artillería. De modo que solicitó hablar con el jefe del puesto. El oficial se adelantó. Marouin se dio a conocer como abogado adjunto al alcalde de la ciudad de Tolón, y le dijo que había citado a alguien en el Champ-de-Mars, ignorando que eso estuviera prohibido, y que esperaba a dicha persona. Ante esa explicación, el oficial le autorizó a quedarse y volvió a su puesto. Por su parte, el centinela, como fiel cumplidor de la disciplina militar, continuó su paseo acompasado, sin volver a preocuparse por la presencia de un extraño.

Unos minutos después, apareció por el lado de Lices un grupo de varias personas. El cielo era magnífico, la luna brillaba. Marouin reconoció a Bonafoux y se acercó a él. Inmediatamente, el capitán le estrechó la mano, le

condujo hasta el rey y, dirigiéndose sucesivamente a uno y a otro, dijo:

—Sire, éste es el amigo de quien os he hablado. —Después, volviéndose hacia Marouin, continuó—: He aquí al rey de Nápoles, proscrito y fugitivo, que os confío. No menciono la posibilidad de que recupere la corona algún día. Ello supondría quitaros el mérito de vuestra hermosa acción... Ahora, servidle de guía, nosotros os seguiremos de lejos. En marcha.

El rey y el abogado se pusieron rápidamente en camino. Murat iba vestido para la ocasión con una levita azul, mitad militar y mitad civil, abotonada hasta el cuello. Llevaba pantalón blanco y botas con espuelas. Tenía los cabellos largos, un gran bigote y gruesas patillas que le llegaban al cuello. Durante el camino, interrogó a su anfitrión acerca de la situación de la casa de campo donde iba a vivir y sobre la posibilidad que tendría de ganar el mar en caso de alarma. Hacia la medianoche, el rey y Marouin llegaron a Bonette. El séquito real, que se componía de unas treinta personas, se reunió con ellos al cabo

de diez minutos. Después de tomar unos refrescos, aquella reducida tropa, última corte del rey destronado, se retiró para dispersarse por la ciudad y sus alrededores, y Murat se quedó solo con las mujeres, conservando únicamente un ayuda de cámara llamado Leblanc.

Murat permaneció aproximadamente un mes en aquel encierro, ocupando todas las jornadas en responder a los periódicos que le acusaban de traición contra el emperador. Esa acusación era su preocupación, su obsesión, su espectro. Día y noche, intentaba librarse de ella buscando una justificación para actuar tal y como lo hizo, en aquella situación difícil en la que se encontraba. Durante ese tiempo, se propagó la desastrosa noticia de la derrota de Waterloo. El emperador que le acababa de proscribir también quedaba proscrito y esperaba en Rochefort, igual que Murat en Tolón, la decisión que sus enemigos iban a tomar contra él. Todavía hoy sigue sin saberse a qué voz interior cedió Napoleón cuando, rechazando los consejos del general Lallemand y la oferta del capitán Baudin, pre-

firió Inglaterra en vez de América, y se fue, como un moderno Prometeo, a recluirse en la isla de Santa Helena. Nosotros sí que hablaremos sobre la circunstancia gratuita que condujo a Murat a los fosos de Pizzo y, después, dejaremos que los fatalistas saquen la moraleja filosófica que más les guste de esta extraña historia. En lo que se refiere a nosotros, sólo podemos responder de la exactitud de los hechos que ya hemos relatado y de los que aparezcan más adelante, como meros analistas.

El rey Luis XVIII había ocupado el trono, así que Murat ya no podía albergar la más mínima esperanza de permanecer en Francia; tenía que partir. Su sobrino Bonafoux fletó un bricbarca para América con el nombre de Rocca Romana. Todo el séquito se instaló a bordo y se empezó por transportar los objetos más preciosos que el proscrito había podido salvar del naufragio de su realeza. Ante todo, una bolsa de oro que pesaba unos cuarenta y cinco kilogramos; una cazoleta de espada en la que figuraban los retratos del rey, la reina y sus hijos, y las actas del esta-

do civil de su familia, encuadernadas en terciopelo y estampadas con sus armas. En cuanto a Murat, llevaba puesto un cinturón en el que, entre algunos papeles importantes, guardaba una veintena de diamantes desmontados que él mismo valoraba en cuatro millones.

Una vez dispuestos todos los preparativos para la salida, se convino que, al día siguiente, 1 de agosto, a las cinco de la mañana, la lancha del bricbarca iría a buscar al rey a una pequeña ensenada a diez minutos de la casa de campo donde vivía. El rey dedicó la noche a trazar con Marouin un itinerario que le permitiera llegar hasta la reina que, según creo, estaba por entonces en Austria. La ruta quedó terminada en el momento de partir y, al cruzar el umbral de aquella casa hospitalaria donde había encontrado refugio, se la entregó a su anfitrión, con un volumen de Voltaire, editado en estereotipia y fácil de transportar. El rey había escrito abajo del cuento de Micromegas:

Tranquilízate, mi querida Carolina. Aunque muy desgraciado, soy libre.

Parto sin saber adonde voy; pero, vaya donde vaya, mi corazón será tuyo y de mis hijos.

J. M.

Diez minutos después, Murat y su anfitrión aguardaban la llegada del bote que debía conducir al fugitivo hasta el barco, en la playa de Bonette.

Esperaron hasta el mediodía, sin que apareciera nadie. Sin embargo, veían en el horizonte el bricbarca salvador que, por no haber podido echar el ancla a causa de la profundidad del mar, daba bordadas a riesgo de alertar, con tal maniobra, a los centinelas de la costa. A mediodía, el rey, muerto de fatiga y quemado por el sol, estaba recostado en la playa, cuando llegó un criado con algunos refrescos que la señora Marouin, inquieta, había enviado a su marido por si acaso. El rey bebió un vaso de aguamiel, comió una naranja y se irguió un instante, para mirar si en la inmensidad del mar no vendría a buscarle la

barca que esperaba. El mar estaba desierto y el bricbarca solitario se curvaba graciosamente en el horizonte, impaciente por partir como un caballo que espera a su dueño. El rey lanzó un suspiro y volvió a tumbarse en la arena. El criado volvió a Bonette con la orden de enviar a la playa al hermano del señor Marouin. Éste llegó un cuarto de hora después y, casi inmediatamente, se marchó a caballo a toda velocidad hacia Tolón, con objeto de averiguar por Bonafoux la causa que impedía que la barca recogiera al rey. Al llegar a la casa del capitán, ésta estaba invadida por los soldados, quienes hacían un registro, con el objetivo de encontrar a Murat. Al fin, en medio del tumulto, el mensajero llegó hasta la persona que buscaba y así se enteró de que el bote había salido en el momento acordado y que tenía que haberse perdido en las calas de Saint-Louis y Sainte-Marguerite. Efectivamente, eso fue lo que ocurrió. A las cinco, Marouin comunicó estas noticias a su hermano y al rey. Eran malas noticias. El rey ya no tenía ánimos para defender su vida, ni siquiera huyendo. Estaba en uno de esos momen-

tos de postración que, a veces, se apoderan incluso del hombre más fuerte. Era incapaz de emitir ninguna opinión a favor de su protección y dejaba a Marouin todas las decisiones. En aquel momento, regresaba al puerto un marinero que cantaba. Marouin le hizo señas de que se acercara y el otro obedeció.

Marouin empezó por comprarle todo el pescado que llevaba consigo. Después, una vez que le pagó con varias piezas de moneda, hizo brillar el oro ante sus ojos y le ofreció tres luises si aceptaba conducir un pasajero al bricbarca que se veía enfrente de la Croix-des-Signaux. El pescador aceptó. Este golpe de suerte le devolvió todas las fuerzas a Murat en un instante. Se levantó, abrazó a Marouin y le recordó que fuera a buscar a su mujer y le entregara el volumen de Voltaire. Después, se metió en la barca y se alejó inmediatamente.

Cuando ya estaba a cierta distancia de la costa, el rey detuvo al remero y le hizo señas a Marouin de que había olvidado algo. En efecto, en la playa descansaba un maletín en

el que Murat había guardado un magnífico par de pistolas engastadas en plata dorada, que la reina le había regalado y que, para él, tenían un valor inestimable. Apenas tuvo a su anfitrión al alcance de su voz, le indicó el motivo de su regreso. Aquél cogió el maletín de inmediato y, sin esperar a que Murat llegara a tierra, se lo lanzó desde la playa hasta la barca. Al caer, el maletín se abrió y dejó escapar una de las pistolas. El pescador sólo echó un vistazo al arma real, pero le bastó para darse cuenta de lo valiosa que era, y eso le infundió sospechas. No dejó de remar, sin embargo, en dirección a la embarcación. Marouin, al ver cómo se alejaba, dejó a su hermano en la orilla y, saludando por última vez al rey, regresó a la casa, para calmar la inquietud de su mujer y dedicar algunas horas a un descanso que necesitaba de verdad.

Dos horas después, lo despertó un registro domiciliario. Esta vez, era su casa la que se veía invadida por la gendarmería. Buscaron por todos los rincones sin encontrar ni rastro del rey. Su hermano volvió justo en el mo-

mento en que el registro era más encarnizado. Marouin lo miró sonriendo, porque creía al rey a salvo. Sin embargo, por la expresión del recién llegado, se dio cuenta de que había ocurrido una nueva desgracia. En el primer momento de descanso que le dieron sus visitantes, se acercó a su hermano y le dijo:

—¡Bien! Supongo que el rey está a bordo.

—El rey está a cincuenta pasos de aquí, escondido en el chamizo.

—¿Por qué ha vuelto?

—El pescador puso la excusa del mal tiempo y se negó a llevarlo al bricbarca.

—¡Qué miserable!

Los gendarmes volvieron.

La noche transcurrió por entero en registros infructuosos de la casa y de sus dependencias. Los que buscaban al rey pasaron varias veces cerca de él, y Murat pudo escuchar sus amenazas e imprecaciones. Al final, se retiraron media hora antes del amanecer. Marouin esperó a que se alejaran y, en cuanto los perdió de vista, corrió hasta el lugar donde debía de estar el rey. Lo encontró acostado en un hueco, con una pistola en

cada mano. El desafortunado no había podido vencer la fatiga y dormía. Dudó un instante en si tenía que devolverlo a esta vida errante y atormentada; pero no se podía perder ni un minuto. Lo despertó.

Inmediatamente, se dirigieron a la costa. Sobre el mar se extendía una bruma matinal que impedía ver a doscientos pasos de distancia, por lo que se vieron obligados a esperar. Por último, los primeros rayos del sol empezaron a aspirar aquel vaho nocturno, una neblina que se deshizo dispersándose sobre el mar, igual que las nubes se difuminan en el cielo. La mirada ávida del rey se posaba en todos aquellos húmedos valles, los cuales se abrían delante de él sin que llegara a distinguir nada. Esperaba que detrás de aquella cortina móvil, terminaría viendo el bricbarca salvador. El horizonte se fue aclarando poco a poco. Por la superficie del mar, corrieron ligeros jirones de bruma, parecidos al humo, durante cierto tiempo y, en cada uno de ellos, el rey creía ver las velas blancas de su barco. El último jirón desapareció lentamente y el mar apareció en toda su inmensi-

dad. El paisaje estaba desierto. El bricbarca no se había atrevido a esperar más tiempo y había partido durante la noche.

—Vamos —dijo el rey, volviéndose hacia su anfitrión—, la suerte está echada. Iré a Córcega.

Aquel mismo día, el mariscal Brune fue asesinado en Aviñón.

Murat permaneció escondido en casa de Marouin hasta el día 22 de agosto. Ya no era Napoleón quien le amenazaba, sino Luis XVIII quien le había proscrito. Ya no había lugar para la lealtad militar de Brune, quien, con lágrimas en los ojos, fue a comunicarle las órdenes que había recibido, y sí para la ingratitud odiosa del señor de Riviére, quien ponía precio¹ a la cabeza de alguien que había salvado la suya². El señor de Riviére había escrito al ex rey de Nápoles para que se pusiera a merced de la buena fe y humanidad del rey de Francia; pero esa vaga invitación no le había parecido garantía suficiente al proscri-

¹ Por 48 000 francos.

² Conspiración de Pichegru

to, sobre todo por parte de un hombre que acababa de dejar que degollaran, casi delante de él, a un mariscal de Francia portador de un salvoconducto firmado por su propia mano. Murat conocía la carnicería de los mameucos en Marsella y el asesinato de Brune en Aviñón. El comisario de policía de Tolón³ le había advertido la víspera que se había dictado una orden en regla para arrestarlo. Así pues, ya no había ningún motivo para permanecer más tiempo en Francia. Córcega, con sus ciudades hospitalarias, sus montañas amigas y sus bosques impenetrables, estaba apenas a cincuenta leguas. Había que ir a Córcega y esperar en sus ciudades, montañas y bosques lo que los reyes decidieran sobre la suerte de la persona a quien durante siete años habían llamado su hermano.

A las diez de la noche, el rey bajó a la playa. El barco que debía recogerlo aún no había llegado a la cita; pero esta vez no temía en absoluto que no se presentara. La ensenada había sido reconocida durante el día por tres

³ Joliclève

amigos fieles en las horas de infortunio: Blancard, Langlade y Donadieu. Los tres eran oficiales de marina, hombres inteligentes y valerosos, y dispuestos a jugarse la vida para llevar a Murat hasta Córcega, algo que efectivamente demostraron para cumplir su promesa. Así pues, Murat no se inquietó al ver la playa desierta. Por el contrario, aquel retraso le daba unos instantes de consuelo filial. En aquel pedazo de tierra, en aquella lengua de arena, el desafortunado proscrito se aferraba todavía a la madre Francia, sabiendo que, una vez pusiera los pies en el barco que se lo llevaría, la separación habría de ser larga o eterna.

Embargado por aquellos pensamientos, súbitamente se sobresaltó y lanzó un suspiro. En la oscuridad transparente de la noche meridional, acababa de divisar una vela que, como un fantasma, se deslizaba sobre las olas. En seguida se escuchó el canto de un marinero. Murat reconoció la señal convenida y respondió inflamando el cebo de una pistola, tras lo cual la barca se dirigió hacia tierra. Sin embargo, como ésta tenía casi un metro

de calado, se vio obligada a detenerse a doce pasos de la playa. Inmediatamente después, dos hombres se arrojaron al mar y ganaron la orilla; el tercero permaneció envuelto en su manta y recostado cerca del timón.

—¡Bien, mis valientes amigos! —dijo el rey, adelantándose a Blancard y Langlade, hasta que sintió una ola mojar sus pies—. Ha llegado el momento, ¿no es así? Tenemos viento favorable y el mar está en calma. Hay que partir.

—Sí —respondió Langlade—, sí, sire. Hay que partir, pero quizá sería más prudente retrasar la salida hasta mañana.

—¿Por qué? —preguntó el rey.

Langlade calló y, volviéndose hacia poniente, levantó la mano y, de acuerdo con la costumbre de los marinos, silbó para llamar al viento.

—Es inútil —dijo Donadieu, que se había quedado en la barca—. Ahí llegan las primeras bocanadas y pronto habrá muchas más... Ten cuidado, Langlade, ten cuidado. A veces, cuando se llama al viento, viene la tempestad.

Murat se sobresaltó, porque parecía que aquel aviso, que se elevaba desde el mar, se lo daba el espíritu de las aguas, pero la impresión fue momentánea y se recuperó en un instante.

—Mucho mejor —dijo—, cuanto más viento tengamos, más rápido iremos.

—Sí —respondió Langlade—. Sólo Dios sabe dónde nos llevará si continúa soplando así.

—No salgáis esta noche, sire —dijo Blancard, sumándose a la opinión de sus dos camaradas.

—Pero, ¿por qué?

—¿No veis esa línea negra? Pues bien, apenas se veía cuando se estaba poniendo el sol; ahora, cubre una parte del horizonte. Dentro de una hora, no se verá ninguna estrella en el cielo.

—¿Tenéis miedo? —dijo Murat.

—¿Miedo? —respondió Langlade—. ¿De qué? ¿De la tormenta? —y alzó los hombros—. Es más o menos como si le preguntara a Su Majestad si tenéis miedo de una bala de cañón... Lo que decimos es por vos, sire. Mas,

¿qué queréis que haga una tormenta a unos lobos de mar como nosotros?

—¡Vámonos pues! —declaró Murat, lanzando un suspiro—. Adiós, Marouin... Sólo Dios os podrá recompensar lo que habéis hecho por mí. Señores, estoy a su disposición.

Tras esas palabras, los dos marinos cogieron al rey, cada uno por un muslo, y levantándolo a hombros, entraron de inmediato en el mar. En un instante, estuvo a bordo. Langlade y Blancard subieron detrás de él. Donadieu se quedó al timón, mientras los otros dos oficiales se encargaron de la maniobra y empezaron la tarea desplegando las velas. Enseguida, como un caballo que siente las espuelas, la pequeña barca pareció animarse. Los marinos echaron un vistazo despreocupado a tierra y Murat, sintiendo que se alejaba, se volvió hacia su anfitrión y le gritó por última vez:

—Tenéis el itinerario hasta Trieste... ¡No olvidéis a mi mujer!... ¡Adiós! ¡Adiós!...

—Dios os guarde, sire —murmuró Marouin. Todavía durante un tiempo, gracias a la vela que se dibujaba en la sombra, Marouin pudo

seguir con la mirada a la barca, que se alejaba rápidamente. Finalmente, ésta desapareció. Marouin permaneció cierto tiempo en la orilla, aunque ya no viera y oyera nada. Entonces, llegó hasta él un grito debilitado por la distancia: era el último adiós de Murat a Francia.

Cuando, en aquel mismo lugar donde se habían producido los hechos, Marouin me contó una noche los detalles que acabo de relatar, los tenía tan presentes en su memoria, a pesar de los veinte años transcurridos desde que se produjeron, que recordaba incluso los más mínimos detalles de aquel embarque nocturno. Según me aseguró, en aquel momento, tuvo un presentimiento funesto que le impedía marcharse de la playa. Varias veces, estuvo tentado de llamar al rey; pero, de un modo parecido al de un hombre que sueña, abría la boca sin poder emitir sonido alguno. Temía parecer insensato. Hasta la una de la noche, es decir, dos horas y media después de la marcha de la barca, no se decidió a volver a su casa, con una tristeza mortal en el corazón.

En cuanto a los aventurados navegantes, enfilaron la ancha rodada marina que lleva desde Tolón hasta Bastia. Al principio, este hecho le pareció al rey que desmentía la predicción de los marinos. El viento, en vez de aumentar, cayó poco a poco. Dos horas después de la partida, la barca se balanceaba sin avanzar ni retroceder, sobre unas olas que se iban aplanando minuto a minuto. Murat miraba tristemente cómo se extendía el surco fosforescente que la pequeña embarcación dejaba tras ella, en aquel mar al que se sentía encadenado. Se había armado de valor contra la tempestad, pero no contra la calma. Sin ni siquiera interrogar a sus camaradas de viaje, cuya inquietud no sabía interpretar, se acostó en el fondo de la embarcación, se envolvió en su manta y, cerrando los ojos como si durmiera, se abandonó a la vorágine de sus pensamientos, unas ideas tumultuosas y agitadas al contrario que el mar. Los dos marinos, creyéndole dormido, se reunieron seguida con el piloto y, sentados cerca del timón, celebraron consejo.

—Os habéis equivocado, Langlade —dijo Donadiou—, al coger una barca de este tamaño. Sin puente, no podremos resistir la tempestad, y sin remos no podremos avanzar con el en calma.

—¡Por Dios! No tenía elección. Me vi obligado a coger lo que encontré, y, si no hubiera sido la época de la almadraba,⁴ ni siquiera habría encontrado este bote, salvo que hubiera ido a buscarlo al puerto. Había tanta vigilancia que habría entrado, desde luego, pero es muy probable que no hubiera salido.

—¿Es, al menos, sólida? —preguntó Blancard.

—¡Pardiez! Ya sabes cómo son las planchas y los clavos que llevan diez años mojados en agua salada. En ocasiones ordinarias, no servirían ni para ir de Marsella al castillo de If. En una circunstancia como la nuestra, se puede dar la vuelta al mundo en una cascara de nuez.

—¡Silencio! —exclamó Donadiou.

⁴ Pesca del atún.

Los marinos aguzaron el oído. Les llegó un estruendo lejano, aunque tan débil que para distinguirlo hacía falta el oído experto de un hijo del mar.

—Sí, sí —confirmó Langlade—. Es un aviso para que quienes tienen piernas o alas vuelvan al nido del que no deberían haber salido.

—¿Estamos lejos de las islas? —preguntó Donadieu con viveza.

—A una hora, más o menos.

—Poned rumbo a ellas.

—¿Para qué? —dijo Murat, irguiéndose.

—Para descansar, sire, si podemos...

—No —concluyó Murat—. Sólo quiero bajar a tierra en Córcega. No quiero volver a salir de Francia. Además, el mar está tranquilo y hay viento otra vez...

—¡Arriad las velas! —gritó Donadieu.

Inmediatamente, Langlade y Blancard realizaron la maniobra. La vela se deslizó a lo largo del mástil y cayó en el fondo de la embarcación.

—¿Qué hacéis? —gritó Murat—. ¿Olvidáis que soy el rey y que soy yo quien da las órdenes?

—Sire —dijo Donadieu—, aquí hay un rey más poderoso que vos y es Dios. Hay una voz que tapa la vuestra y es la de la tempestad... Dejados que os salvemos, Majestad y, si ello es posible, no exijáis nada más...

En aquel mismo momento, un relámpago recorrió el horizonte y se oyó otro trueno, más cercano que el primero. Una espuma ligera subió a la superficie del agua y la barca se estremeció como un ser animado. Murat comprendió entonces que se acercaba el peligro. Se levantó sonriendo, se echó hacia atrás el sombrero, sacudió sus largos cabellos y aspiró la tormenta, como si se tratara de humo. El soldado estaba listo para combatir.

—Sire —dijo Donadieu—, habéis visto muchas batallas; pero quizá no hayáis visto nunca ninguna tempestad. Si tenéis curiosidad por este espectáculo, tomad el mástil y mirad, porque se nos prepara una buena.

—¿Qué es lo que tengo que hacer? —preguntó Murat—. ¿No puedo ayudar en algo?

—No, no por el momento, sire. Más tarde os necesitaremos en la bomba.

Durante dicho diálogo, la tormenta había ganado terreno y llegaba sobre los viajeros como un caballo de carreras, resoplando viento y fuego por los ollares, relinchando truenos y haciendo volar la espuma de las olas bajo sus pies. Donadieu agarró con fuerza el timón. La barca cedió, como si comprendiera la necesidad de obedecer rápidamente y presentó la popa contra el viento. Entonces, pasó la borrasca, dejando atrás el mar tembloroso. Parecía como si todo volviera a estar en reposo. Pero la tempestad recuperaba el aliento.

—¿Nos hemos librado de esta ráfaga? —preguntó Murat.

—No, Majestad —contestó Donadieu—. Esto es sólo la vanguardia. Pronto, llegará el cuerpo de ejército.

—¿Y no hacemos ninguna clase de preparativos para recibirlo? —volvió a preguntar el rey.

—¿De qué tipo? —dijo Donadieu—. Ya no tenemos ni un centímetro de tela donde el viento pueda morder. Mientras la barca no

haga aguas, flotaremos como un tapón de corcho. ¡Sujetaos bien, sire!...

En efecto, una segunda borrasca, acompañada de lluvia y relámpagos, se acercaba más rápida que la primera. Donadieu intentó repetir la misma maniobra; pero no pudo virar con la suficiente rapidez para que el viento no envolviera la barca. El mástil se curvó como una caña y una ola inundó el bote.

—¡A la bomba! —gritó Donadieu—. Sire, ahora es el momento de ayudarnos...

Blancard, Langlade y Murat cogieron sus sombreros y empezaron a achicar el agua de la barca. Tres horas duró la espantosa situación de los cuatro hombres. El viento aflojó al amanecer; sin embargo, el mar siguió agitado y tormentoso. Empezó a dejarse notar la necesidad de comer. El agua había mojado todas las provisiones y sólo el vino se había preservado de su contacto. El rey cogió una botella y bebió unos cuantos sorbos. Después, se la pasó a sus camaradas, quienes bebieron a su vez. La necesidad había suprimido la etiqueta. Por casualidad, Langlade

tenía unas tabletas de chocolate y se las ofreció al rey. Murat las dividió en cuatro partes iguales y obligó a sus camaradas a comer. Una vez terminada la colación, enfilaron hacia Córcega; pero la barca había sufrido tanto que no tenía ninguna posibilidad de llegar a Bastia.

Transcurrió el día entero, sin que los viajeros pudieran hacer más de diez leguas. Navegaban con la pequeña vela de foque, sin atreverse a izar la vela grande. El viento era tan variable que perdían todo el tiempo luchando contra sus caprichos. Por la noche, se abrió una vía de agua. Ésta penetraba a través de las planchas desencajadas. Juntando los pañuelos de la tripulación, se pudo taponar la barca. La noche, que descendió triste y sombría, los rodeó con su oscuridad por segunda vez. Murat se durmió, reventado por la fatiga. Blancard y Langlade se colocaron cerca de Donadieu. Los tres hombres, que parecían insensibles al sueño y a la fatiga, velaron su sueño.

La noche fue aparentemente bastante tranquila; sin embargo, de vez en cuando,

resonaban unos chasquidos sordos. Entonces, los tres marinos se miraban con una expresión extraña y, después, dirigían la mirada hacia al rey, quien dormía envuelto en su manta, en el fondo de la embarcación, tan profundamente como si descansara en la arena de Egipto o en la nieve de Rusia. De vez en cuando, uno de ellos se levantaba, se iba al otro extremo de la barca silbando entre dientes la melodía de una canción provenzal y, después, tras consultar al cielo, a las olas y a la barca, volvía junto a sus camaradas y se sentaba murmurando: «Es imposible. A menos que haya un milagro, nunca llegaremos». La noche transcurrió entre esas alternativas. Al amanecer, avistaron una embarcación.

—¡Una vela! ¡Una vela! —exclamó Donadieu.

Aquel grito despertó al rey. En efecto, apareció un pequeño bricbarca mercante procedente de Córcega en ruta hacia Tolón. Donadieu puso rumbo a esa dirección. Blancard izó las velas hasta el punto de fatigar la barca y Langlade corrió a proa, poniendo el capote del rey en lo alto de una especie de arpón. En

seguida, los viajeros se dieron cuenta de que los habían visto; el bricbarca maniobró con objeto de acercarse a ellos. Al cabo de diez minutos, estuvieron a unos cincuenta pasos de distancia. El capitán apareció en la proa. Entonces, el rey lo llamó ofreciéndole una fuerte recompensa, si aceptaba recibirlo a bordo con sus tres camaradas y llevarlos a Córcega. El capitán escuchó la proposición. Inmediatamente, volviéndose hacia su tripulación, dio a media voz una orden que Donadieu no pudo escuchar, pero que probablemente reconoció por el gesto, porque en seguida ordenó maniobrar a Langlade y a Blancard, con objeto de alejarse de la embarcación. Ambos obedecieron con la prontitud pasiva de los marinos, pero el rey golpeó el suelo con el pie.

—¿Qué hacéis, Donadieu? ¿Qué hacéis? — exclamó—. ¿No veis que se acerca a nosotros?

—Sí, por mi alma, ya lo veo... Obedeced, Langlade. Alerta, Blancard. Sí, en efecto, se acercan a nosotros y quizá me haya dado

cuenta demasiado tarde. Está bien, está bien. Ahora, me toca a mí.

Donadieu se echó entonces sobre el timón y le imprimió un movimiento tan súbito y violento que la barca, obligada a cambiar inmediatamente de dirección, pareció encabrirse contra él, como haría un caballo contra el freno. Finalmente, obedeció. Una ola enorme, levantada por el gigante que se le aproximaba, la empujó como una hoja. El bricbarca pasó a poca distancia de su popa.

—¡Ah! ¡Traidor! —exclamó el rey que, sólo entonces, empezó a darse cuenta de la intención del capitán.

Al mismo tiempo, Murat sacó una pistola del cinto y gritó: «¡Al abordaje, al abordaje!». Intentaba disparar contra el bricbarca, pero la pólvora estaba mojada y no se encendió. El rey estaba furioso y no dejaba de gritar: «¡Al abordaje, al abordaje!».

—Sí, sí. ¡Qué miserable! O, mejor dicho, qué imbécil —dijo Donadieu—. Nos ha tomado por bandidos y ha querido hundirnos, como si lo necesitáramos para eso.

En efecto, bastaba echar un vistazo a la barca, para darse cuenta de que empezaba a hacer aguas. El intento de salvación realizado por Donadieu la había dañado espantosamente y el agua entraba por varias rendijas entre las planchas. Hubo que ponerse a achicar el agua con los sombreros. Ese trabajo duró unas diez horas. Al fin, Donadieu lanzó por segunda vez el grito salvador: «¡Una vela! ¡Una vela!»...

El rey y sus dos camaradas dejaron el trabajo inmediatamente. De nuevo, izaron las velas, pusieron rumbo a la embarcación que se acercaba y dejaron de ocuparse del agua que, a falta de obstáculo, entraba rápidamente.

Ahora, todo era cuestión de tiempo, de minutos, de segundos, de nada más. Se trataba de llegar a la embarcación antes de hundirse. Por su parte, la embarcación pareció comprender la situación desesperada de quienes le imploraban socorro y acudió a gran velocidad. Langlade fue el primero en reconocer que era un falucho del gobierno, un barco de correo que hacía el servicio entre Tolón y

Bastia. Langlade era amigo del capitán. Lo llamó por su nombre con la potente voz de la agonía y fue escuchado. Ya era hora. Seguía entrando agua. El rey y sus camaradas ya estaban con agua en las rodillas. El bote gemía como un moribundo en los estertores de la agonía. Ya no avanzaba, giraba sobre sí mismo. En ese momento, cayeron en la barca dos o tres cabos arrojados desde el falucho. El rey cogió uno, se lanzó y se agarró a la escala de cuerda: estaba salvado. Blancard y Langlade hicieron lo mismo casi enseguida. Donadieu se quedó el último, como era su deber y, en el momento en que puso el pie en la escala de bordo, sintió cómo la barca que abandonaba se hundía bajo el otro pie. Se volvió con la tranquilidad de un marino, vio cómo el abismo abría sus enormes fauces debajo de él y, de pronto, la barca giró y desapareció, devorada por el mar. Cinco segundos más, y aquellos cuatro hombres, que ahora estaban a salvo, se habrían perdido para siempre...⁵

⁵ Estos detalles son muy conocidos en Tolón. Me

Apenas Murat llegó al puente, cuando un hombre fue a arrojarse a sus pies. Era un mameluco que tiempo atrás había traído de Egipto y que se casó después en Castellamare. Unos asuntos comerciales le habían llevado a Marsella y se había escapado por milagro de la matanza de sus hermanos. A pesar del disfraz que su antiguo jefe llevaba puesto y de las fatigas que acababa de pasar, el mameluco lo reconoció. Sus exclamaciones de alegría impidieron que el rey pudiera seguir guardando su personalidad de incógnito. Fue entonces cuando el senador Casabianca, el capitán Oletta, un sobrino del príncipe Baciocchi y un ordenador pagos llamado Boerco, que también huían de las matanzas del Midi y se encontraban en la embarcación, le saludaron con el título de majestad y le improvisaron una pequeña corte. El tránsito fue brusco

fueron contados ininidad de veces durante las dos ocasiones que estuve en aquella ciudad en 1834 y 1835. Algunos de los que me los contaron los conocían de boca de los mismos Langlade y Donadieu.

y provocó un cambio rápido. Ya no era Murat el proscrito, sino Joaquín I, Rey de Nápoles. La tierra del exilio desapareció con la barca hundida. En su lugar, aparecieron en el horizonte Nápoles y su magnífico golfo, como un maravilloso espejismo. Durante aquellos días de embriaguez que siguieron a las horas de agonía tomó cuerpo, sin duda, la primera idea de la fatal expedición de Calabria. Sin embargo, el rey, que ignoraba aún cuál sería la acogida que le esperaba en Córcega, adoptó el nombre de conde de Campo Melle y, como tal, tomó tierra en Bastia el día 25 de agosto. Pero la precaución fue inútil. Tres días después de su llegada, ya nadie ignoraba su presencia en la ciudad. Inmediatamente, se organizaron manifestaciones, se escucharon gritos de «¡Viva Joaquín!» y el rey, temeroso de turbar la tranquilidad pública, salió de la ciudad acompañado por sus tres camaradas y el mameluco, aquella misma noche. Dos horas después, entraba en Viscovato y llamaba a la puerta del general Franchescetti, quien estuvo a su servicio durante todo su reinado y quien, después de salir de Nápoles

al mismo tiempo que el rey, regresó a Córcega, donde residía con su esposa, en la casa de su suegro Colona Cicaldi. Estaba cenando cuando fueron a decirle que un extranjero quería hablar con él. Salió y encontró a Murat envuelto en un capote militar, con la cabeza cubierta por un gorro de marino, la barba larga y vestido con pantalones, polainas y botas de soldado. El general se detuvo sorprendido. Murat le miró fijamente con sus grandes ojos negros y, cruzando los brazos, le dijo:

—Franchescetti, ¿tenéis sitio en la mesa para vuestro general que está hambriento? ¿Tenéis un rincón para darle asilo a vuestro rey que está proscrito?...

Al reconocer a Joaquín, Franchescetti lanzó un grito de sorpresa y, sin poder responderle, cayó a sus pies, besándole la mano. A partir de este momento, la casa del general estuvo a disposición de Murat.

En cuanto se extendió por los alrededores la noticia de la llegada del rey, empezaron a acudir a Viscovato oficiales de todas las graduaciones, veteranos que habían combatido a

sus órdenes y cazadores corsos, quienes le rendían culto por su carácter aventurero. En pocos días, la casa del general se transformó en un palacio, el pueblo en una residencia real y la isla en un reino. Sobre las intenciones de Murat se difundieron extraños rumores, los cuales se afianzaron debido a la reunión de un ejército de novecientos hombres. Fue entonces cuando Blancard, Langlade y Donadieu se despidieron de él. Murat quiso retenerlos; pero ellos sólo habían querido salvar al proscrito y no la suerte del rey.

Ya hemos dicho que Murat encontró a bordo del barco correo de Bastia a uno de sus antiguos mamelucos llamado Othello y que éste le había seguido hasta Viscovato. El ex rey de Nápoles decidió convertir a aquel hombre en agente secreto suyo. Puesto que sus relaciones familiares le llamaban naturalmente a Castellamare, le ordenó que volviera y le entregó una serie de cartas para las personas con las que podía contar, en razón de su fidelidad. Othello partió, llegó felizmente a casa de su suegro y creyó poder decírsele todo. Sin embargo, éste se asustó y avisó

a la policía. Por la noche, registraron la casa de Othello e incautaron su correspondencia.

Al día siguiente, todas las personas a quienes estaban dirigidas las cartas fueron detenidas y recibieron la orden de contestar a Murat, como si siguieran libres. Debían indicarle Salerno como el lugar más adecuado para un desembarco. De las siete, cinco cometieron la cobardía de obedecer; las otras dos, que eran una pareja de hermanos españoles, se negaron en redondo y fueron recluidos en un calabozo.

En cualquier caso, Murat salió de Viscovato el 17 de septiembre seguido de una escolta formada por el general Franchescetti, junto con varios oficiales corsos. Se encaminó hacia Ajaccio por Cotone, las montañas de Serra, Bosco, Venaco, Vivaro, las gargantas del bosque de Vezanovo y Bogognone. En todas partes fue aclamado como rey y en las puertas de las ciudades recibió varias diputaciones, que le acogieron saludándolo con el título de majestad. Por último, el 23 de septiembre llegó a Ajaccio. Toda la población le esperaba fuera de las murallas. Su entrada en la ciudad

fue triunfal. Le llevaron hasta la residencia que los oficiales de intendencia habían elegido previamente. Aquello hubiera bastado para trastornar a un hombre menos impresionable que Murat. Éste, por su parte, estaba como ebrio. Al entrar en la residencia, le tendió la mano a Franchescetti:

—Ya veis, le dijo, si me reciben de esta forma los corsos, qué harán por mí los napolitanos.

Fue la primera vez que aludió a sus proyectos futuros y, aquel mismo día, ordenó que se iniciaran los preparativos para su marcha.

Se reunieron diez pequeños faluchos. Un maltés llamado Barbara, antiguo capitán de fragata de la marina napolitana, fue nombrado comandante en jefe de la expedición. Se enrolaron doscientos cincuenta hombres, listos para partir a la primera señal. Murat sólo esperaba las cartas de Othello. Éstas llegaron el 28 por la mañana. Murat invitó a todos sus oficiales a una gran comida y ordenó que se diera paga y ración doble a sus hombres.

El rey estaba en los postres cuando le anunciaron la llegada del señor De Maceroni, un enviado de las potencias extranjeras que traía a Murat la respuesta que éste esperó en Tolón durante mucho tiempo. Murat se levantó de la mesa y fue a una habitación próxima. Maceroni se presentó como encargado de una misión oficial y le entregó al rey el ultimátum del emperador de Austria. Estaba redactado en los siguientes términos:

El señor Maceroni está autorizado por la presente a advertir al rey Joaquín que su majestad el emperador de Austria le concederá asilo en sus estados bajo las condiciones siguientes:

1. El rey adoptará un nombre privado. Puesto que la reina ha adoptado el de Lipano, se propone al rey que utilice el mismo nombre.

2. Se le permitirá al rey fijar su residencia en una ciudad de su elección en Bohemia, Moravia o la Alta Austria. También podrá residir en el campo sin ningún obstáculo, en esas mismas provincias.

3. El rey compromete su palabra de honor ante S. M. I. y R. a que nunca abandonará los estados austríacos sin el consentimiento expreso del emperador y a que vivirá como un particular distinguido, aunque sometido a las leyes en vigor en los estados austríacos.

4. En fe de lo cual y para que se le dé el uso que proceda, el abajo firmante ha recibido la orden del emperador de suscribir la presente declaración.

Otorgado en París, el 1 de septiembre de 1815. Firmado: el príncipe de METTERNICH.

Murat sonrió al terminar su lectura e indicó a Maceroni que le siguiera. Entonces, le condujo a la terraza de la casa que dominaba la ciudad y que, a su vez, presidía su estandarte, el cual ondeaba como en un castillo real. Desde allí se podía ver toda Ajaccio, alegre e iluminada, el puerto donde se balanceaba la pequeña flotilla y las calles repletas de gente, como en un día de fiesta. En cuanto la multitud vio a Murat, prorrumpió en gritos: «¡Viva Joaquín! ¡Viva el hermano de Napoleón! ¡Viva

el rey de Nápoles!».

Murat saludó y los gritos se redoblaron. La banda de música de la guarnición hizo sonar los acordes nacionales. Maceroni no conseguía dar crédito a lo que veía y oía. El rey disfrutó de su sorpresa y después le invitó a descender al salón. Allí estaba reunido su Estado Mayor en uniforme de gala. Aquello parecía Casería o Capodimonte. Tras un instante de vacilación, Maceroni se acercó a Murat:

—Sire —dijo—, ¿qué respuesta debo darle a su majestad el emperador de Austria?

—Señor —respondió Murat, con aquella dignidad altanera que tan bien le iba a su hermosa figura—, usted le contará a mi hermano Francisco lo que ha visto y oído; y añadirá que esta misma noche salgo para reconquistar mi reino de Nápoles.

Las cartas que decidieron a Murat a salir de Córcega se las había llevado un calabrés llamado Luidgi. Éste se presentó ante el rey como enviado del árabe Othello, quien, como ya hemos dicho, estuvo encarcelado en las prisiones de Nápoles por la misma causa que las personas destinatarias de los despachos

de que fue portador. Aquellas cartas, escritas por el ministro de la policía de Nápoles, indicaban a Joaquín el puerto de la ciudad de Salerno como el lugar más apropiado para el desembarco. El rey Fernando, precisamente, había estacionado en aquel punto unos tres mil hombres de las tropas austríacas, por no fiarse de los soldados napolitanos, quienes conservaban un rico y brillante recuerdo de Murat. De modo que la flotilla se dirigió hacia el golfo de Salerno. Cuando llegó a la altura de la isla de Capri, la flota fue sorprendida por una violenta tempestad, lo que la desvió hasta Paola, un pequeño puerto situado a diez leguas de Cosenza. Por dicho motivo, las embarcaciones pasaron la noche del 5 al 6 de octubre en una especie de rada de la orilla que no merecía el nombre de ensenada. El rey, para evitar que pudieran avistarlos la guardia costera y los scorridori⁶ sicilianos, ordenó apagar las hogueras y dar bordadas hasta el amanecer. Hacia la una de la mañana, se levantó un viento terral tan violento

⁶ Barcos de correo sicilianos.

que la expedición tuvo que dirigirse hacia alta mar. A las 6 horas, cuando amanecía, la embarcación en la que iba el rey se quedó aislada. Durante la mañana, la nave se unió al falucho del capitán Cicconi y los dos barcos fondearon a las cuatro de la tarde a la altura de Santo-Lucido. Por la noche, el rey ordenó al jefe de batallón Ottaviani que descendiera a tierra, para informarse de la situación, y Luidgi se ofreció a acompañarle. Murat aceptó sus buenos oficios; así que, Ottaviani y su guía fueron a tierra, mientras que, por el contrario, Cicconi y su falucho volvieron a mar abierto, con la misión de ir a buscar al resto de la flota.

Hacia las once de la noche, el oficial de guardia del barco real distinguió en medio de las olas a un hombre que nadaba hacia el navío. En cuanto estuvo al alcance de la voz, le llamó. El nadador se dio a conocer de inmediato. Era Luidgi. Le fue enviada la chalupa y subió a bordo. Entonces, contó que el jefe de batallón Ottaviani había sido detenido y que él había podido escapar de quienes le perseguían arrojándose al mar. El primer im-

pulso de Murat fue ir en ayuda de Ottaviani, pero Luidgi le hizo comprender al rey lo peligroso e inútil de dicha tentativa. Joaquín, no obstante, permaneció agitado y vacilante hasta las dos de la mañana. Por último, dio la orden de ganar alta mar. Durante la maniobra que se realizó a tal efecto, un marinero cayó al mar y desapareció antes de que hubiera tiempo de socorrerle. Decididamente, los presagios eran siniestros.

El día 7 por la mañana se avistaron dos embarcaciones. El rey ordenó que se adoptaran inmediatamente medidas de defensa, pero Barbara las reconoció como el falucho de Cicconi y la balancela de Courrand, que se habían agrupado y navegaban juntos. Se izaron las señales y los dos capitanes se unieron al almirante.

Mientras se deliberaba sobre el rumbo a seguir, un bote abordó la embarcación de Murat. En él iban el capitán Pernice y un teniente a sus órdenes. Venían a solicitarle al rey permiso para quedarse a bordo, pues no querían continuar en el barco de Courrand, al que consideraban un traidor. Murat envió a

buscarlo y, a pesar de sus protestas de fidelidad, lo hizo descender con cincuenta hombres a una chalupa y ordenó amarrar ésta a su embarcación. Rápidamente, se ejecutó la orden y la pequeña escuadra siguió su ruta bordeando las costas de Calabria, sin perderlas de vista. A las diez de la noche, en el momento en que se encontraban a la altura del golfo de Sainte-Euphémie, el capitán Courrand cortó la cuerda que le llevaba a remolque y, a golpes de remo, se alejó de la flotilla. Murat, que se había acostado vestido en su cama, fue informado del hecho. En seguida se lanzó al puente y todavía llegó a tiempo de ver la chalupa huir en dirección a Córcega, penetrar en la oscuridad y desaparecer. Permaneció inmóvil, sin muestras de cólera y sin dar gritos. Únicamente lanzó un suspiro e inclinó la cabeza sobre el pecho. Del árbol encantado de sus esperanzas acababa de caer una nueva hoja.

El general Franchescetti aprovechó aquel momento de desánimo para aconsejarle que no desembarcara en Calabria y que se dirigiera directamente a Trieste, con objeto de re-

clamar de Austria el asilo que le había ofrecido. El rey estaba en uno de esos momentos de calma extrema y mortal abatimiento, instantes en los que el corazón se queda encogido. Al principio, se negó, pero terminó por aceptar. En ese momento, el general se dio cuenta de que un tripulante, tumbado en los rollos de cuerda, estaba lo suficientemente cerca como para enterarse de todo lo que decía. Se interrumpió y Murat lo señaló con el dedo. Se levantó, fue a ver al hombre y reconoció a Luidgi. Reventado de fatiga, se había dormido en el puente. Su sueño profundo tranquilizó al rey, quien, por lo demás, confiaba plenamente en él. En consecuencia, reanudó la conversación que había sido interrumpida un instante. Se acordó que, sin decir nada de los nuevos proyectos aprobados, franquearían el estrecho de Messina, doblarían el cabo Spartivento y entrarían en el Adriático. A continuación, el rey y el general descendieron al entrepuente.

Al día siguiente, 8 de octubre, cuando se encontraban a la altura de Pizzo, Joaquín, interrogado por Barbara sobre lo que tenía

que hacer, dio orden de poner rumbo a Mesina. Barbara respondió que estaba dispuesto a obedecer, pero que necesitaba agua y víveres. En consecuencia, se ofreció a pasar al falucho de Cicconi e ir con él a tierra, en busca de provisiones. El rey aceptó. Barbara le pidió entonces los pasaportes que había recibido de las potencias aliadas con objeto, según dijo, de no ser inquietado por las autoridades locales. Aquellos documentos eran demasiado importantes como para que Murat aceptara entregarlos. De todas formas, también es posible que el rey empezara a sospechar. En cualquier caso, se negó. Barbara insistió y Murat le ordenó ir a tierra sin los papeles. Barbara se negó en redondo y el rey, acostumbrado a ser obedecido, levantó el látigo sobre el maltés. En aquel mismo momento, cambió de opinión y ordenó a los soldados que prepararan las armas y a los oficiales que se pusieran el uniforme de gala. Él mismo les dio ejemplo. El desembarco estaba decidido y Pizzo sería el golfo Juan del nuevo Napoleón. Así pues, las embarcaciones se dirigieron a tierra. El rey descendió a una

chalupa con veintiocho soldados y tres criados, entre los cuales iba Luidgi. Una vez cerca de la playa, el general Franchescetti hizo un movimiento para tomar tierra, pero Murat lo detuvo.

—Me corresponde ser el primero en descender —dijo, y se lanzó a la orilla.

Iba vestido con uniforme de general, con pantalón blanco, botas de montar, correa en la iban dos pistolas y un sombrero bordado de oro, con divisa sujeta por una trencilla formada por catorce brillantes. En los brazos llevaba el estandarte en torno al cual pensaba agrupar a sus partidarios. En el reloj de Pizzo, sonaron las campanadas que daban las diez de la mañana.

Murat se dirigió en seguida a la ciudad, apenas a unos cien pasos, y anduvo por un camino pavimentado, con anchas losas dispuestas en escalera. Era domingo y la misa iba a empezar. Cuando llegó, toda la población estaba reunida en la plaza. Nadie le reconoció y todos miraban sorprendidos aquel brillante Estado Mayor. Luego, vio entre los campesinos a un antiguo sargento que había

servido en su guardia en Nápoles. Se dirigió directamente a él y, poniéndole la mano en el hombro, le dijo:

—Tavella, ¿no me reconoces? —Al no ser contestado, continuó—: Soy Joaquín Murat. Soy tu rey. Te corresponde el honor de ser el primero en gritar «¡Viva Joaquín!».

Inmediatamente, el séquito de Murat estalló en aclamaciones, pero el calabrés permaneció en silencio. Ninguno de sus camaradas repitió la voz cuya señal había dado el mismo rey. Por el contrario, entre la multitud empezó a correr un sordo rumor. Murat comprendió ese temblor tempestuoso:

—¡Bien! —le dijo a Tavella—si no quieres gritar «¡Viva Joaquín!» , ve al menos a buscarme un caballo y de sargento que eras, te convertiré en capitán.

Tavella se alejó sin responder, pero en lugar de cumplir la orden que había recibido, se fue a su casa y ya no volvió a aparecer. Durante ese tiempo, la multitud se apiñó sin que se produjera ninguna señal amistosa que Murat pudiera interpretar como la muestra de

simpatía que esperaba. Sintió que, si no tomaba una resolución rápida, estaba perdido.

—¡A Monteleone! —exclamó lanzándose el primero hacia el camino que llevaba a dicha ciudad.

—¡A Monteleone! —repetieron sus oficiales y soldados, que le siguieron.

La multitud, que se mantenía en silencio, les abrió paso.

Apenas salió de la plaza, se produjo una viva agitación. Un hombre llamado Georges Pellegrino salió de su casa armado con un fusil y atravesó la plaza corriendo y gritando: «¡A las armas!». Sabía que el capitán Trenta Capelli, que mandaba la gendarmería de Cosenza, estaba en aquel momento en Pizzo y que iba a advertirle. El llamamiento a las armas tuvo más eco en la multitud que el de «Viva Joaquín». Todos los calabreses tenían fusil y cada uno fue en busca del suyo. Cuando Trenta Capelli y Pellegrino volvieron a la plaza, encontraron cerca de doscientos hombres armados. Inmediatamente se pusieron al frente de ellos y se lanzaron en persecución del rey. Lo alcanzaron a unos diez minutos de

camino de la plaza, justo en el lugar donde hoy está el puente. Al verlos llegar, Murat se detuvo y les esperó.

Trenta Capelli, con el sable en la mano, se adelantó hasta el rey y éste habló:

—Señor, ¿queréis cambiar los galones de capitán por los de general? Gritad «¡Viva Joaquín!» y seguidme con estos bravos nombres a Monteleone.

—Sire —respondió Trenta Capelli—, todos somos fieles súbditos del rey Fernando y venimos a combatir contra vos, no a acompañaros. De modo que abandonad vuestras armas si queréis evitar el derramamiento de sangre.

Murat miró al capitán de gendarmería con una expresión imposible de describir. Después, sin dignarse a responderle, le hizo una señal con la mano para que se alejara, mientras llevaba la otra a la culata de una de sus pistolas. Georges Pellegrino vio el movimiento.

—¡Cuerpo a tierra, capitán! ¡Cuerpo a tierra! —gritó.

El capitán obedeció, e, inmediatamente, una bala pasó silbando por encima de su cabeza y fue a rozar los cabellos de Murat.

—¡Fuego! —ordenó Franchescetti.

—¡Armas a tierra! —gritó Murat. Acto seguido, Murat sacudió el pañuelo con la mano derecha y dio un paso para acercarse a los campesinos. En aquel preciso momento, se produjo una descarga general. Un oficial y dos o tres soldados cayeron. En una circunstancia así, cuando se empieza a derramar sangre, ya no hay vuelta atrás. Murat conocía esta fatal verdad y, por eso, tomó una decisión rápida y contundente. Delante tenía quinientos hombres armados; detrás, un precipicio de nueve metros de altura. Se lanzó de la roca cortada a pico donde estaba, cayó en la arena y se levantó sin resultar herido. El general Franchescetti y su ayuda de campo Campana hicieron el mismo salto con igual fortuna, y los tres descendieron rápidamente hacia el mar, a través de un bosquecillo que se extiende hasta cien pasos de la orilla y que les ocultó un instante de la vista de sus enemigos. A la salida del bosque, les llegó una

nueva descarga. Las balas silbaban alrededor, pero no alcanzaron a ninguno de ellos, y los tres fugitivos siguieron corriendo hacia la playa.

Fue entonces cuando el rey se dio cuenta de que ya no estaba el bote que le había llevado a tierra. Los tres barcos que componían su flotilla, en vez de haberse quedado para proteger el desembarco, ganaban alta mar y se alejaban con las velas desplegadas. El maltés Barbara se llevaba no sólo la fortuna de Murat, sino también su esperanza, su salvación y su vida. No era posible creer en una traición así. De modo que el rey tomó el abandono como una simple maniobra y, viendo una barca de pescadores varada en la orilla con las redes extendidas, gritó a sus dos camaradas: «¡La barca, al mar!».

Entonces, los tres empezaron a empujarla con la energía de la desesperación y con las fuerzas que da la agonía para ponerla a flote. Nadie se había atrevido a franquear la roca para perseguirlos y sus enemigos, obligados a dar un rodeo, les dejaban unos instantes de libertad. Pronto se empezaron a oír gritos.

Georges Pellegrino y Trenta Capelli, seguidos por toda la población de Pizzo, desembocaron a unos ciento cincuenta pasos del lugar donde Murat, Franchescetti y Campana hacían esfuerzos agotadores para conseguir deslizar la barca sobre la arena. Los gritos fueron seguidos inmediatamente por una descarga general. Campana cayó: una bala acababa de atravesarle el pecho. Pero la barca ya estaba en el agua. El general Franchescetti se lanzó dentro. Murat quiso seguirle, pero no se dio cuenta de que las espuelas de sus botas de montar estaban enredadas con las mallas de la red de pesca. La barca, cediendo al impulso que le había dado, se le escapó de las manos, y el rey cayó con los pies en la playa y la cara en el mar. La población se le echó encima antes de que tuviera tiempo de levantarse. En un instante, le arrancaron los galones, el estandarte y el uniforme, y la multitud le hubiera hecho pedazos si Georges Pellegrino y Trenta Capelli no se hubieran hecho cargo de su protección, cogiéndole cada uno de un brazo para defenderlo del populacho. Así, atravesó como prisionero la plaza que una

hora antes había pisado como rey. Sus conductores le llevaron al castillo, le encerraron en la prisión común, cerraron la puerta y el rey se encontró en medio de ladrones y asesinos, quienes, al no saber quién era, lo tomaron por un camarada de crímenes y lo recibieron con insultos y abucheos.

Un cuarto de hora después, se abrió la puerta del calabozo y entró el comandante Mattei, quien encontró a Murat de pie, con los brazos cruzados, la frente alta y postura de soberbia. De aquel hombre medio desnudo, con el cuerpo manchado de barro y sangre, emanaba una expresión indefinible de grandeza. Se inclinó ante él.

—Comandante —le dijo Murat, reconociendo su grado por los galones—, ¡mirad en torno vuestro y decidme si ésta es una prisión para encerrar a un rey!

Entonces se produjo algo extraño. Aquellos criminales que, creyendo a Murat cómplice suyo, le habían recibido con gritos y risas, se curvaron ante la majestad real que no habían respetado ni Pellegrini ni Trenta Capelli y se retiraron en silencio al rincón más profundo

del calabozo. La desgracia acababa de consagrarse de nuevo a Murat.

El comandante Mattei murmuró una excusa e invitó a Murat a seguirle hasta una habitación que mandó prepararle; pero, antes de salir, Murat buscó en los bolsillos, sacó un puñado de oro y, dejándolo caer como una lluvia en medio de la mazmorra, les dijo a los prisioneros:

—Coged, que no se diga que habéis recibido la visita de un rey que, por muy cautivo y destronado que esté, no se ha mostrado generoso con vosotros.

—¡Viva Joaquín! —gritaron los prisioneros.

Murat sonrió con amargura. ¡Antes de que ahora resonaran en una prisión, aquellas mismas palabras, repetidas por un número parecido de gargantas hacía una hora en la plaza pública, le hacían rey de Nápoles! Los resultados más importantes los producen, a veces, causas tan mínimas que se podría creer que Dios y Satanás se juegan la vida y la muerte de los hombres a los dados y abandonan al azar el auge y la caída de los imperios.

Murat siguió al comandante Mattei, quien le condujo a una pequeña habitación destinada al conserje, y que éste cedió al rey. Iba a retirarse cuando Murat lo llamó:

—Señor comandante, deseo tomar un baño perfumado.

—Sire, eso es difícil.

—Ahí van cincuenta ducados; que compren toda el agua de colonia que encuentren. ¡Ah! y que me envíen los sastres.

—Aquí será imposible encontrar hombres capaces de hacer algo que no sean vestidos del país.

—Que vayan a Monteleone y me traigan todos los que se puedan juntar.

El comandante se inclinó y salió.

Murat estaba en el baño cuando le anunciaron la visita del caballero Alcala general del príncipe del Infantado y gobernador de la ciudad, quien le mandaba traer mantas de damasco, sábanas y sillones. Murat se sintió conmovido por ese gesto y recuperó de nuevo la serenidad.

Aquel mismo día, a las dos, llegó de Saint-Tropez el general Nunziente con tres mil

hombres. A Murat le agradó ver a un antiguo conocido; pero, tras las primeras frases, el rey se dio cuenta que tenía delante a un juez, cuya presencia tenía por objetivo no hacerle una simple visita, sino un interrogatorio en toda regla. Murat se contentó con responder que iba de Córcega a Trieste, provisto de un pasaporte del emperador de Austria, pero que la tempestad y la falta de víveres le habían obligado a detenerse en Pizzo. A todas las demás preguntas, Murat opuso un obstinado silencio. Por último, cansado de su insistencia, le dijo:

—General, ¿podéis prestarme ropas para que pueda salir del baño?

El general comprendió que no podía esperar nada más, así que saludó al rey y salió. Diez minutos después, Murat recibió un uniforme completo. Se lo puso inmediatamente, pidió pluma y tinta, y escribió al general en jefe de las tropas austríacas en Nápoles, al embajador de Inglaterra y a su mujer para informarles de su detención en Pizzo. Una vez terminados los despachos, se levantó, recorrió agitado la habitación durante un tiempo

y, por último, sintiendo necesidad de aire, abrió la ventana. La vista se extendía hasta la misma playa donde lo habían apresado.

Dos hombres hacían un agujero en la arena al pie del pequeño reducto redondo. Murat los miraba trabajar maquinalmente. Cuando los dos hombres terminaron, entraron en una casa cercana y salieron en seguida llevando en brazos un cadáver. El rey ordenó sus recuerdos y le pareció que en medio de aquella escena horrible había visto caer a alguien cerca de él; pero no sabía quién. El cadáver estaba completamente desnudo, pero, por sus largos cabellos y la juventud de su cuerpo, el rey reconoció a Campana: era el ayuda de campo que más quiso de cuantos tuvo. Aquella escena, vista a la hora del crepúsculo, vista desde la ventana de una prisión, aquella inhumación en soledad, en aquella playa, en la arena, conmovieron a Murat mucho más que sus propias desgracias. A sus ojos asomaron gruesas lágrimas, que resbalaron en silencio por su rostro de león. En ese momento, entró el general Nunziante, quien le sorprendió con los brazos tendidos y la

cara bañada en lágrimas. Murat oyó ruido, se volvió y al ver el asombro del viejo soldado dijo:

—Sí, general, estoy llorando. Estoy llorando por ese muchacho de veinticuatro años que su familia me había confiado y cuya muerte he causado. Estoy llorando por ese futuro vasto, rico y brillante que acaba de extinguirse en una fosa ignorada en tierra enemiga y en una orilla hostil. ¡Oh, Campana! ¡Campana! ¡Si algún día vuelvo a subir al trono, te haré construir una tumba real!

El general había mandado preparar una comida en la habitación contigua a la que servía de prisión al rey. Murat le siguió. Luego, se sentó a la mesa, pero no pudo comer. El espectáculo que acababa de contemplar le había roto el corazón y, sin embargo, aquel hombre había recorrido sin pestañear los campos de batalla de Abukir, Eylau y Moskova.

Después de la comida, Murat entró en su habitación, le entregó al general Nunziante las diversas cartas que había escrito y le rogó que le dejara solo. El general salió.

Murat dio varias vueltas por la habitación andando a grandes pasos y se detenía de en vez en cuando ante la ventana, aunque sin abrirla. Finalmente, pareció superar una repugnancia profunda: puso la mano en la falleba y tiró de la ventana hacia sí. La noche estaba tranquila y se distinguía toda la playa. Buscó con la mirada el lugar donde estaba enterrado Campana: se lo indicaron dos perros que escarbaban la tumba. El rey cerró violentamente la ventana y se echó vestido en la cama. Temiendo que achacaran su agitación a un temor personal, se desnudó, se acostó y se durmió, o pareció dormir, toda la noche.

El día 9, por la mañana, llegaron los sastres que Murat había solicitado. Les pidió muchos trajes, poniendo empeño, con su habitual fantasía, en explicarles cómo los quería. Estaba ocupado en ello cuando entró el general Nunziante. Éste escuchó con tristeza las órdenes que el rey estaba dando. Acababa de recibir los despachos telegráficos que ordenaban al general hacer juzgar por una comisión militar al rey de Nápoles, como enemigo

público. Pero encontró al rey tan confiado, tan tranquilo y casi tan contento, que no tuvo el valor de anunciarle la noticia de su procesamiento. De hecho, llegó incluso a retrasar la formación del tribunal militar, hasta que recibió un despacho por escrito. Éste llegó el día 12, por la noche y estaba redactado en los siguientes términos:

Nápoles, 9 de octubre de 1815.

Fernando, por la gracia de Dios, etc., hemos decretado y decretamos lo que sigue:

Art. 1. El general Murat será conducido frente a un tribunal militar, cuyos miembros serán designados por nuestro ministro de la guerra.

Art. 2. Sólo se concederá media hora al condenado para recibir los socorros de la religión.

Firmado: Fernando.

Un decreto del ministro contenía los nombres de los miembros del tribunal. Eran: Giuseppe Fasculo, ayudante, comandante en jefe de Estado Mayor, presidente; Raffaello Scalfaro, jefe de la legión de la Calabria inferior; Latereo Natati, teniente coronel de la marina real; Gennaro Lanzetta, teniente coronel del cuerpo de ingenieros militares; W. T., capitán de artillería; Francois de Vengé, capitán de artillería; Francesco Martellari, teniente de artillería; Francesco Froio, teniente del Tercer regimiento; Giovanni della Camera, fiscal del tribunal de lo criminal de la Calabria inferior; y Francesco Papavassi, secretario del tribunal.

El tribunal se reunió durante la noche. El 13 de octubre, a las seis de la mañana, el capitán Stratti entró en la prisión del rey. Éste dormía profundamente. Stratti se dispuso a salir; pero, al volverse hacia la puerta, tropezó con una silla. El ruido despertó a Murat.

—¿Qué queréis de mí, capitán? —preguntó el rey.

Stratti quiso hablar, pero le falló la voz.

—¡Ah! ¡Ah! —exclamó Murat—, parece como si ya hubieseis recibido noticias de Nápoles...

—Sí, sire —murmuró Stratti.

—¿Qué contienen? —preguntó Murat.

—Vuestro procesamiento, sire.

—¿Y quién dictará sentencia, por favor? ¿Habrá pares para juzgarme? Si se me considera como un rey, hay que convocar un tribunal de reyes. Si se me considera como mariscal de Francia, me hace falta un tribunal de mariscales. Y si se me considera como general, y es lo menos que se puede hacer, me hace falta un jurado de generales.

—Sire, habéis sido declarado enemigo público y, como tal, estáis sometido a un tribunal militar. Es la misma ley que vos habéis aplicado contra los rebeldes.

—Esa ley fue hecha para bandidos y no para cabezas coronadas, señor —contestó desdeñosamente Murat—. Estoy listo, que me asesinen, está bien. No creía al rey Fernando capaz de una acción así.

—Sire, ¿no queréis conocer la lista de vuestros jueces?

—Sí, claro que sí, señor, sí por cierto. Debe de ser algo curioso. Leed, os escucho.

El capitán Stratti leyó los nombres que hemos mencionado. Murat los escuchó con una sonrisa desdeñosa.

—¡Ah! —continuó, cuando el capitán hubo terminado—, parece que se han tomado todas las precauciones.

—¿Cómo, sire?

—Sí, ¿no sabéis que todos esos hombres, excepto el relator Francesco Froio, me deben su graduación? Es posible que tengan miedo de ser acusados de agradecimiento y, a falta de un voto quizá, la sentencia será unánime.

—Sire, ¿y si os presentáis delante del tribunal y os encargáis de vuestra propia defensa?

—Silencio, señor, silencio —dijo Murat—. Para que yo reconozca a los jueces que me han designado, habría que romper muchas páginas de la historia. Ese tribunal es incompetente y me daría vergüenza comparecer ante él. Ya sé que no puedo salvar la vida, así

que dejadme, al menos, salvar la dignidad real.

En aquel momento, el teniente Francesco Froio entró para interrogar al prisionero. Le preguntó su nombre, edad y patria. Ante esas preguntas, Murat se levantó con una expresión de terrible dignidad:

—Soy Joaquín Napoleón, rey de las Dos Sicilias, y os ordeno que salgáis.

El relator obedeció.

Entonces, Murat se puso un pantalón solamente y le preguntó a Stratti si podía despedirse de su mujer y de sus hijos. Éste, incapaz de hablar, le respondió con un gesto afirmativo. En seguida, Joaquín se sentó a una mesa y escribió esta carta:⁷

Querida Carolina de mi corazón,

Ha llegado la hora. Voy a morir en el peor de los suplicios. Dentro de una hora, ya no tendrás esposo, y nuestros hijos ya no ten-

⁷ Podemos garantizar su autenticidad por haberla transcrito nosotros mismos en Pizzo de la copia del original que conservó el caballero Alcala.

drán padre; acordaos de mí y nunca olvidéis mi recuerdo.

Muero inocente, y me quitan la vida con un juicio injusto.

Adiós, Aquiles mío; adiós, Leticia mía; adiós, Luciano mío; adiós, Luisa mía.

Mostraos dignos de mí; os dejo en una tierra y un reino llenos de enemigos míos; mostraos superiores a la adversidad y acordaos de no ser más de lo que sois, pensando en lo que habéis sido.

Adiós; yo os bendigo. Nunca reneguéis de mi recuerdo. Recordad que el dolor mayor que siento en mi suplicio es el de morir lejos de mis hijos y lejos de mi mujer, y el de no tener un amigo que cierre mis ojos.

Adiós, Carolina mía; adiós, hijos míos; recibid mi bendición paternal, mis lágrimas tiernas y mis últimos besos.

Adiós, adiós; no olvidéis nunca a vuestro desgraciado padre.

Pizzo, 15 de octubre de 1815.

JOAQUÍN MURAT

Entonces, cortó un rizo de sus cabellos y lo puso dentro de la carta. En ese momento, entró Nunziante. Murat se acercó a él y le tendió la mano:

—General, vos sois padre y sois esposo. Algún día sabréis lo que es dejar mujer e hijos. Juradme que esta carta será entregada.

—Por mis galones —dijo el general, secándose los ojos.

—Vamos, vamos, valor, general —dijo Murat—, somos soldados, sabemos lo que es la muerte. Solicito una sola gracia: ¿verdad que me dejaréis ordenar abrir fuego?

El general hizo señas con la cabeza de que se le concedía ese favor. En ese momento, entró el relator con la sentencia del rey en las manos. Murat adivinó de qué se trataba:

—Leed, señor —le dijo fríamente—, os escucho.

El relator obedeció. Murat no se había equivocado. La pena de muerte se había decidido por unanimidad menos un voto.

Cuando se dio término a la lectura, el rey se volvió hacia Nunziante:

—General, creedme si os digo que en mi espíritu separo el instrumento que me golpea de la mano que lo dirige. Nunca habría creído que el rey Fernando me hiciera fusilar como a un perro: ino le espanta tal infamia! Pues bien, no hablemos más. He recusado a mis jueces, no a mis verdugos. ¿Qué hora designáis para la ejecución?

—Fijadla vos mismo —dijo el general.

Murat sacó del bolsillo un reloj en el que estaba grabado el retrato de su mujer. El azar quiso que estuviera colocado de tal manera que lo que se llevó a los ojos fue el retrato y no la esfera. Lo miró con ternura:

—Ved, mi general —dijo, mostrándoselo a Nunziante—, es el retrato de la reina; vos la conocéis; ¿verdad que se le parece mucho?

El general volvió la cabeza. Murat lanzó un suspiro y volvió a poner el reloj en el bolsillo.

—¡Bien!, sire —dijo el relator—. ¿Qué hora fijáis?

—¡Ah, claro! —dijo Murat sonriendo—; al ver el retrato de Carolina, olvidé por qué había sacado el reloj.

Entonces miró el reloj de nuevo, pero esta vez por el lado de la esfera:

—¡Bien! Será a las cuatro, si estáis de acuerdo. Ahora son más de las tres. Lo que os pido son cincuenta minutos; ¿es demasiado, señor?

El relator se inclinó y salió. El general quiso seguirle.

—¿Ya no os volveré a ver, Nunziante? —preguntó Murat.

—Mis órdenes me obligan a asistir a vuestra muerte, sire; pero no tendré fuerzas.

—Está bien, general, está bien; os dispense de estar allí en el último momento; pero deseo despedirme de vos de nuevo y abrazaros.

—Me encontraré en vuestro recorrido, sire.

—Gracias. Ahora, dejadme solo.

—Sire, aquí al lado hay dos sacerdotes.

Murat hizo una señal de impaciencia.

—¿Queréis recibirlos? —continuó el general.

—Sí, hacedles entrar.

El general salió. Un instante después, aparecieron en el umbral de la puerta dos sacer-

dotes: uno se llamaba don Francesco Pellegrino y era el tío del causante de la muerte del rey; el otro era don Antonio Masdea.

—¿Qué vienen a hacer aquí? —dijo Murat.

—Preguntaos si queréis morir como un cristiano.

—Moriré como un soldado. Dejadme.

Don Francesco Pellegrino se retiró. Sin duda, se encontraba incómodo delante de Joaquín. En cuanto a Antonio Masdea, permaneció en el umbral de la puerta.

—¿No me habéis entendido? —dijo el rey.

—Sí, claro que sí —respondió el anciano—; pero permitidme, sire, no creer que vuestra decisión sea definitiva. No es la primera vez que os veo y os imploro. Ya he tenido ocasión de pedir os una gracia.

—¿Cuál?

—Cuando Su Majestad vino a Pizzo en 1810, os pedí veinticinco mil francos para terminar nuestra iglesia. Su Majestad me envió cuarenta mil.

—Porque preveía que sería enterrado en ella —respondió Murat, sonriendo.

—¡Pues bien!, sire, prefiero creer que no rechazaréis mi segunda súplica, como no rechazasteis la primera. Sire, os lo pido de rodillas.

—El anciano cayó a los pies de Murat—. ¡Morid como un cristiano!

—¿Tanto os gustaría eso? —preguntó el rey.

—Sire, daría los pocos días de vida que me quedan por conseguir de Dios que su espíritu os visite en vuestra última hora.

—¡Pues bien! —exclamó Murat—, escuchad mi confesión: me acuso de que, siendo niño, desobedecía a mis padres; desde que soy hombre, no he tenido nada más que reprocharme.

—Sire, ¿me daríais una declaración de que morís en el seno de la religión cristiana?

—Sin duda —contestó Murat.

Y tomó una pluma y escribió:

Yo, Joaquín Murat, muero como cristiano, creyendo en la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana.

Y firmó.

—Ahora, padre —continuó el rey—, si tenéis que pedirme una tercera gracia, apresuraos, porque dentro de media hora, ya no habrá tiempo.

En ese momento, el reloj del castillo dio las campanadas de las tres y media.

El sacerdote hizo el gesto de que todo había terminado.

—Dejadme solo —dijo Murat.

El anciano salió.

Durante unos minutos, Murat se paseó dando grandes pasos por la habitación. Después, se sentó en la cama y mantuvo la cabeza entre las manos. Durante el cuarto de hora que estuvo así, absorbió en sus pensamientos, sin duda pasó revista a su vida entera, desde el albergue del que había salido hasta el palacio donde había llegado. Sin duda, su carrera aventurera se desplegó igual que un sueño dorado, igual que un brillante engaño, igual que un cuento de Las mil y una noches. Había brillado durante una tempestad como un arco iris y, también como un arco iris, se perdían sus dos extremos en las

nubes de su nacimiento y su muerte. Por último, salió de su contemplación interior y levantó la frente, pálida pero tranquila. Entonces, se acercó a un espejo y se alisó los cabellos: su extraño carácter no le abandonaba. Novio de la muerte, se acicalaba para ella.

Sonaron las cuatro.

El mismo Murat fue a abrir la puerta.

El general Nunziante le esperaba.

—Gracias, general —dijo Murat—, habéis cumplido vuestra palabra. Abrazadme y retiraos si así lo deseáis.

El general se echó en los brazos del rey llorando y sin poder pronunciar ni una sola palabra.

—Vamos, ánimo —dijo Murat—, ya veis que estoy tranquilo.

Era esa tranquilidad lo que rompía el ánimo del general. Se lanzó fuera del corredor y salió del castillo corriendo como un insensato.

Luego, el rey marchó hacia el patio. Todo estaba listo para la ejecución. Nueve hombres y un cabo estaban dispuestos en línea cerca de la puerta de la sala del consejo. Delante de ellos, había un muro de tres metros y me-

dio de altura. Tres pasos delante de ese muro, había un estrado de un solo peldaño. Murat fue a colocarse sobre esa escalera, lo que le permitía dominar desde la altura de casi treinta centímetros a los soldados encargados de su ejecución. Cuando llegó allí, sacó el reloj, besó el retrato de su mujer y, con la mirada fija en él, mandó que cargaran las armas. A la palabra fuego, de los nueve hombres, sólo cinco dispararon. Murat permaneció de pie. Los soldados no se habían atrevido, por vergüenza, a disparar a su rey y habían apuntado encima de su cabeza.

Quizá fue en ese momento cuando resplandeció de la manera más magnífica la principal cualidad de Murat: su valor de león. Ni un solo rasgo de su cara se alteró, ni un solo músculo de su cuerpo se relajó. Únicamente, mirando a los soldados con una expresión de amargo reconocimiento les dijo a los soldados:

—Gracias, amigos míos; pero, como tarde o temprano, os veréis obligados a apuntar certeramente, no prolonguéis mi agonía. To-

do lo que os pido es que apuntéis al corazón y preservéis mi cara. Empecemos de nuevo.

Y con la misma voz, con la misma calma, con el mismo aspecto, repitió las palabras mortales una detrás de otra, sin lentitud, sin precipitación, como si ordenara una simple maniobra. Esta vez, fue más afortunado que la primera y, a la palabra fuego, cayó atravesado por ocho balas, sin hacer un solo movimiento, sin lanzar un suspiro, sin soltar el reloj que llevaba cogido en la mano izquierda.⁸

Los soldados recogieron el cadáver, lo tumbaron en la cama donde había estado sentado diez minutos antes y el capitán puso un guardia en la puerta.

Por la noche, se presentó un hombre para entrar en la cámara mortuoria. El centinela le negó la entrada; pero el otro pidió hablar con el comandante del castillo. Conducido ante su presencia, le mostró una orden. El comandante la leyó con una sorpresa teñida de dis-

⁸ La señora Murat volvió a comprar el reloj por 200 luis.

gusto. Una vez terminada la lectura, le condujo hasta la puerta a la que le habían prohibido el acceso.

—Dejen pasar al señor Luidgi —dijo el comandante al centinela.

El centinela presentó armas a su superior y Luidgi entró.

Apenas habían transcurrido diez minutos cuando salió llevando en las manos un pañuelo ensangrentado. En el pañuelo había un objeto que el centinela no pudo identificar.

Una hora después, un carpintero trajo el ataúd que debía contener los restos del rey. El operario entró en la habitación. Casi en seguida llamó al centinela con un indecible tono de espanto. El soldado entreabrió la puerta para mirar lo que había podido causar el terror de aquel hombre. El carpintero le mostró con el dedo un cadáver sin cabeza.

Cuando murió el rey Fernando, se encontró en un armario secreto de su dormitorio aquella cabeza conservada en espíritu de vino.⁹

Ocho días después de la ejecución en Pizzo, todos tenían ya su recompensa: Trenta Capelli había ascendido a coronel, el general Nunziante era marqués y Luidgi había muerto envenenado.
